

El Sor. Dr. Manuel Coronel dijo:

SEÑOR SUBDIRECTOR,

SEÑORES:

El establecimiento de la enseñanza de las matemáticas superiores ó sublimes, que acaba de verificarse en esta docta Universidad, es, ciertamente, un homenaje digno que ofrecemos á la memoria del intrépido navegante, que sacó un mundo del seno de los mares desconocidos, allá en horizontes jamás explorados; y que lo sacó en fuerza de los cálculos científicos, de las observaciones precisas, en una palabra, de la combinación de esos *números* que, según el inmortal Pitágoras, son las leyes que rigen todas las relaciones posibles entre los fenómenos de la naturaleza física y moral. En verdad, Señores, sólo éstas ciencias, que están basadas sobre el orden absoluto de las ideas generales, y que puede decirse que emanan de la fuente misma de la Sabiduría infinita, son propias para conducirnos al descubrimiento de esas incógnitas, que yacen en los senos de la naturaleza, cual simiente prolífica del mundo moral, intelectual y material. Mas, la existencia de estas ciencias es un hecho independiente del hombre: antes de su creación, ya eran ellas. Dios, por toda la eternidad, llevaba en su mano esa lámpara que irradia la luz sobre las verdades absolutas como él; así que, lo misterioso, lo grande, lo divino, dirélo así, en esta materia. es el raro fenómeno

de la intuición, que se verifica en alguno que otro hombre predestinado para el descubrimiento de las cosas ocultas á la comprensión de la generalidad. ¿De dónde sopla esa inspiración que precede á los grandes inventos? ¿Por qué el Espíritu de Dios se posa en éste, más bien que en ese otro, que acaso anda forcejeando por hacer luz en medio de las tinieblas del error y de la ignorancia? ¡Altos juicios del Omnipotente, que no nos es permitido rastrear! Sólo, sí, nos toca inclinar la frente ante esos seres privilegiados, que escoge la Divina Providencia para que sean los pregoneros de sus grandezas, los portadores de sus misericordias.

Entre estos prohombres brilla, con un brillo muy especial, Cristóbal Colón, que sobreponiéndose á los conocimientos, á las creencias, á las supersticiones de su época, concibió sin vacilación, que esta tierra que pisamos es un globo suspenso en el espacio, que son amplísimas sus dimensiones y que podía recorrérselas en derredor, sin ser precipitando fuera de la superficie. No hay duda, que este concepto original, más bien que hijo del discurso, debió de serlo de la inspiración, como lo establece el sabio Balmes para casos análogos pero, en seguida, que de racionios para confirmarlo, qué de problemas para resolverlo? . . . Esto mismo se ha observado en los tiempos antiguos y modernos: los grandes genios, como que reciben del cielo esa gota de lluvia, ese átomo de luz, que ocasiona la germinación espiritual, me expresaré así, de las verdades trascendentales; y luego viene el desenvolvimiento, á veces insensible é inadvertido, de las ideas, hasta que fulgura el ser, estallando como el rayo salido de la nube, ó lanzándose como el insecto de la crisálida. Así, Arquímedes, cavilando sobre la manera de determinar el peso específico de los cuerpos, entra al baño, distraído, talvez, en otros asuntos; y cuando menos se esperaba, salta exclamando *jeureka, eureka!* ¡lo hallé, lo hallé!- Los astrónomos, no ha muchos años, advierten cierta variación de excentricidad en algunos planetas; andan meditabundos; mas, de repente, Leverier señala un punto en el firmamento y augura que allí debe de estar el perturbador de la máquina celeste: entonces, los sabios exploran ese campo, y allí le encuentran. Asombrado el insigne Arago, se inclina ante el genio, y suelta estas memorables palabras: "Mr. de Leverier acaba de sacar un planeta de su tintero".

De esta manera, pero en un orden más elevado, es que Colón sintentizando las concepciones de muchos sabios acerca de la verdadera formación de la Tierra y de su colocación en los espacios, extiende desde Europa su brazo hacia el occidente, y dice: "Por allí hay que buscar esos continentes que se ocultan á nuestra vista; hay que derribar las Columnas de Hércules, y descubrir nuevas regiones entre esas brumas que limitan el horizonte visible." ¡ Ah, sí Señores ! para los grandes pensadores, para esos titanes del saber, no hay límites en los horizontes de su existencia: águilas caudales, levantan su vuelo hasta el cenit de las esferas sidéreas, y girando en un mundo sin medida, alcanzan la realización de esos bellos ideales, que la fábula se adelanta á crear, ó que una oscura tradición los conserva.

Ciertamente: tradiciones, y muy antiguas, había acerca de la existencia de estas tierras occidentales respecto de Europa; mas, todo andaba envuelto entre los arcanos de la fábula y de lo maravilloso. Colón, tan sólo, vió con la luz celestial

esas regiones incógnitas; y, qué regiones, Señores? La realidad sobrepujó á lo imaginario: un continente que se extiende del uno al otro polo; que abraza todos los climas, que por sí solo, se había levantado tan alto, que la Europa era un pigmeo ante este mundo colocado en medio de dos procelosos océanos. Qué población, qué riqueza, qué vías de comunicación? Dos imperios, que podían competir con los mejores del antiguo mundo: un gobierno patriarcal, que todo lo atendía y cuidaba; costumbres sencillas y ajustadas á la moral; y, sobre todo, el trabajo bien implantado y bien distribuído: el trabajo, Señores, que es la base de la felicidad de los pueblos.

Mas, vuelvo á mi tema, Señores, que he dejado por unos momentos, absorbido en la contemplación del hecho estupendo que conmemoramos hoy día, después de cuatro siglos aglomerados sobre la tumba del héroe que lo consumó. Vuelvo á mi tema, que es la de celebrar la iniciación de un aprendizaje fundamental, sin cuyo conocimiento, ni las ciencias, ni las artes, pueden adquirir la fijeza y expansión que hoy en día han llegado á tener. Yo no me atrevo á levantar el velo que cubre esas viejas civilizaciones del Asia, del Africa y de ese incomparable archipiélago jónico: no, lo que el hombre descubrió y realizó en esas regiones, hoy tan decaídas, ni sabré decirlo, ni es oportuna la ocasión: mas, en Europa, y en esta América que se levanta á su frente, como pretendiendo tomarle sus glorias, sus luces, sus inventos, ¿cuánto no debemos á esos filósofos, que han venido á sujetarlo todo al compás, á la regla y al número? Ya no se andará en disquiciones abstrusas, ni en fútiles disertaciones, desde que el álgebra, la geometría analítica, el cálculo infinitesimal, la trigonometría, se han enseñoreado de todos los ramos del saber humano. Newton y Leibnitz han completado la obra de los Copérmicos, los Descartes y los Galileos, y preparado el campo para Humboldt y Laplace. Necesario era que ya entre nosotros principiásemos, aunque sea débil y oscuramente, esa estupenda revolución científica que las matemáticas van operando en el mundo todo; y es notable, Señores, que este pensamiento que hace años ha preocupado á nuestros hombres de luces, haya podido tomar cuerpo, aunque embrionario, en este día tan glorioso para la América. Yo tengo mis creencias, fundadas en esa relación oculta de las cosas; y creo por esto, que alguna buena suerte nos ha deparado la coincidencia de esta festividad con la fundación de la enseñanza de las matemáticas superiores. En verdad, el descubrimiento del nuevo mundo tiene su razón de ser, en la aplicación de estas elevadísimas ciencias, que alcanzó á comprender el ilustre genovés. El P. Las Casas, hablando de la educación de Cristóbal Colón, asegura: que muy tierno aprendió la aritmética, el dibujo y la pintura, y que luego, en la Universidad de Pavía, se dedicó á la geometría, á la geograffa y á la astronomía.. Claro es que el futuro marino profundizó y amplió sobremanera estos conocimientos, cuando su magna empresa tuvo un éxito tan preciso y tan feliz. Ofrezcamos, por lo mismo, nuestro incipiente instituto de ciencias, á la memoria de este gran matemático de su siglo.